

Alocución radial del Arzobispo de Corrientes, Mons. DOMINGO S. CASTAGNA

DOMINGO DE RAMOS 2005

20 de marzo de 2005.

1.- Ingresar a Jerusalén. Iniciamos la Semana Santa del año 2005. El domingo de Ramos abre un horizonte particularmente rico en símbolos y realizaciones. Ingresamos a Jerusalén junto a un pueblo simple, que cree en el humilde Maestro galileo, que recuerda sus palabras y prodigios. No entiende lo que se dice de Él y lo que Él mismo ha dicho de sí. Lo intuye honesto y fiel a la verdad que le predica. No puede ni quiere dudar de Él. No entiende a quienes lo persiguen e intentan eliminarlo. No dispone de lenguaje cultural exquisito para confesar su fe en Él. Lo observa aproximarse montado en un borrico pausado y tambaleante y arroja, a su paso silencioso, ramas arrancadas de los árboles y sus propios vestidos: *“Entonces la mayor parte de la gente comenzó a extender sus mantos sobre el camino, y otros*

*cortaban ramas de los árboles y lo cubría con ellas”*.<sup>[1]</sup> Su entrada es solemne pero no triunfal. Se aproxima la tribulación, la noche oscura de la Pasión, el aparente triunfo del mal sobre el bien, de la injusticia sobre la justicia. Cristo es la víctima misteriosamente escogida, es el oculto don de la misericordia y del perdón. Su precio es alto y humanamente inexplicable. Es el inocente por antonomasia que se ofrece por los pecadores cumpliendo el mandato amoroso de su Padre. Nos encontramos ante un fracaso que se transforma en victoria. Es imposible que el mundo registre ese proceder, exclusivo de Dios, que transforma al agua en vino y al criminal en justo. ¿Absurdo?; para las categorías que hemos erigido en tendencias y preceptos irreformables, puede que sí. Dios se maneja de otra manera, formula su pensamiento en un lenguaje que los hombres consideran insuficiente y pobre.

2.- Proclamación de la Pasión. Lo que trasciende toda capacidad de comprensión se expresa en un lenguaje humano habitualmente desechado. Así Dios hace las cosas. No acabamos de aprender su estilo, su lenguaje y sus simples exigencias de virtud. La liturgia del domingo de Ramos incluye la solemne proclamación de la Pasión. Es preciso que constituya el marco necesario de los grandes Misterios que celebraremos. La muerte de Cristo, que desemboca en la Resurrección, es el ángulo de acceso al conocimiento del Misterio de Dios. Los hombres, aunque hayan sufrido el mayor de los deterioros, están instintivamente empeñados en la búsqueda de Dios, Ser superior y trascendente, explicación última de la Creación. Aún la reacción desesperada contra toda forma de Religión indica el temor a ser engañados en sus intentos por encontrar a Dios. Los cristianos primitivos, en su colisión con el paganismo, eran considerados “ateos”. Ante esa acusación de impiedad respondían: *“Es verdad, somos “ateos” de esos dioses”*. La Liturgia de la semana que se inicia se hace cargo, por el anuncio de la Palabra y su celebración, de señalar al mundo la presencia del verdadero Dios. Nuestra fe se expresa como confianza inquebrantable en la gracia que procede de ese Misterio. Aunque hagamos esfuerzos ingentes por convencer racionalmente de la Verdad que proponemos, si la gracia no actúa no habrá fe. Por ello, el mayor empeño pastoral de la Iglesia es lograr el contacto de los hombres con el Misterio de Cristo. Lo hace por el testimonio irrefutable de los santos, que sus Pastores y doctores procuran formular en su doctrina.

3.- Renovación de la fidelidad bautismal. Esta semana es la oportunidad de intensificar ese contacto. Se apoya en una Liturgia austera donde quedan anunciados los momentos más importantes del Misterio Pascual – la Muerte y la Resurrección – y su prolongación sacramental en la Eucaristía. Sé que para algunos estoy empleando “chino básico” aunque, por ser cristianos, debieran disponer de una catequesis elemental que los capacitara para entender lo que digo. No hay posibilidades de vivir la fe, y de proyectarla en el comportamiento cotidiano, sin la experiencia de un encuentro vivo con ese Misterio de la Pascua. La presencia masiva del pueblo cristiano, en las celebraciones litúrgicas de la Semana

Santa, debiera causar una notable renovación de la fidelidad bautismal. Pero, no debemos ilusionarnos, la mayoría de los participantes tienen una relativa ingerencia en la conducción de la sociedad. No veo a quienes me gustaría ver, porque juran sobre los Evangelios, y necesitan de la gracia emanada de la Palabra y de la Eucaristía que “su” Iglesia les brinda a manos llenas. Pero la fe es un misterio en el que interviene la liberalidad de Dios y la libertad del hombre. Dios no falla jamás; la libertad del hombre puede mal orientarse o debilitarse por el egoísmo y la mediocridad. Es preciso reeducarla a la luz de la palabra de Cristo, que la Iglesia no cesa de repetir, siempre la misma, en circunstancias diversas y en el transcurso de los siglos. Es el momento, lo es siempre, de pensar en el silencio de un corazón sosegado por el examen y la penitencia. Para ello se impone causar ese sosiego interior y recibir, en el espacio que causa en cada uno, la Palabra de la fe para obedecerla decididamente.

4.- El contacto con Jesús que viene. Hoy, en el marco doloroso de la Pasión, debemos hacer que Cristo entre en nuestra Jerusalén interior y nos encuentre aclamándolo como aquel pueblo que alfombraba con sus mantos el paso de su cabalgadura. Depende de cada uno abrir las puertas de la ciudad y acompañarlo por los vericuetos ocultos del propio corazón. Su presencia cambiará nuestros sentimientos y nos introducirá en una Historia nueva, la que protagoniza como Salvador. Recibirlo supondrá estar dispuesto a enfrentar un combate fiero contra las propias tendencias al mal. Su contacto es auxilio y llamado, gracia y decisión de cambio. Su convincente argumentación tiene una formulación simple, la de su vida ofrecida en rescate. Es preciso recibirlo con lo que tengamos a mano – las ramas de los árboles y los propios vestidos – y un clamor fuerte y sereno: “*¡Hosana! ¡Bendito el que viene en*

*nombre del Señor, el rey de Israel!*”<sup>[2]</sup> La confesión pública de su Señorío abre una instancia de salud en el cuerpo social, sin recursos espirituales auténticos y enfermo de irreflexión e insensatez. La comprobación del estado lastimoso en que se encuentra la sociedad causa una reacción oscilante entre la violencia y la indiferencia. Para frenar su vertiginosidad es preciso optar por la personalización de la Verdad – Jesucristo – y adoptarla como obsequio de Dios. Ello exigirá frenar el delito, el odio, la injusticia, la corrupción y la mentira.

5.- Propuesta exigente. Hoy es una jornada litúrgica en la que celebramos a Jesucristo, Señor y mártir, introduciéndonos en la contemplación de los momentos previos a su Muerte y Resurrección. Una verdadera síntesis que, llevada a la vida, constituye la fuente de recursos espirituales auténticos para nuestra sociedad, despojada interiormente de los mismos y enferma de irreflexión. La propuesta evangélica, que estos días creará el clima propicio para su aceptación, es exigente por sí misma. La predicación de Jesús así la presenta, como también la de los Apóstoles. No debe sorprendernos que el Magisterio actual de la Iglesia, en continuidad con el de Jesús, exponga públicamente las exigencias morales y sociales de esa propuesta. Sin embargo, salta a la vista, por la “ruptura de vestiduras” del moderno fariseísmo, que el Evangelio encuentra el mismo estilo de agresivo rechazo que hace dos mil años. La modalidad pastoral debe adoptar la mansedumbre y la paciencia, muy evangélicas, equilibrándolas con la claridad de sus conceptos y la firmeza de sus formulaciones. Pero se pone de manifiesto la intencionalidad destructiva de inconfundibles “campañas” anticatólicas, encaramadas en grandes medios de difusión y en algunas personas que ejercen el poder otorgado por la democracia. Que el manso Cordero de Dios, que ingresa humildemente aclamado por el pueblo, convenza del error a que se ha arribado y ofrezca su Verdad de la Cruz por amor a todos.

---

<sup>[1]</sup> Mateo 21, 8.

<sup>[2]</sup> Juan 12, 13.

[Volver](#)